

## INFORMACIONES

### EN RECUERDO DE CARLOS GURMÉNDEZ

#### I

La muerte de Carlos Gurméndez (7-II-97) ha suscitado una adhesión unánime que se ha traducido en múltiples homenajes procedentes de personas e instituciones de la más diversa índole: revista *Ferrol/Análisis*, diario *El País*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Fondo de Cultura Económica, Residencia de Estudiantes, Ayuntamiento de Puentedeume —que le proclamó hijo adoptivo y puso su nombre a un mirador sobre la ría—, etc. La revista *Anthropos* ya le había dedicado, hace años, un número monográfico.

El fenómeno se explica, sin duda, recurriendo a los rasgos *personales* de Gurméndez; pero hay que recurrir asimismo a la *problemática* que estudió, al *método* con que la analizó y los resultados *teóricos* que alcanzó. Por otro lado, Gurméndez cultivó siempre la filosofía como vocación y pasión, no como profesión ni medio de vida; su no pertenencia al establecimiento académico favorecía esa vocación, pero no le impidió cultivar el género del *tratado* filosófico. Ahora bien, Gurméndez cultivó también el género del *artículo* filosófico, de acuerdo con su afán de vulgarizar la reflexión filosófica, de hacerla llegar al gran público: se inscribía, así, en una tradición que tiene su más ilustre precedente —si no su fundador— en Ortega y Gasset.

Lo fundamental de la obra de Gurméndez constituye una *fenomenología* de las pasiones, y a la vez descansa sobre algunas

premisas del *materialismo* histórico. Pero ¿son, éstos, compatibles? La historia de la filosofía responde afirmativamente —Sartre, Merleau-Ponty, Marcuse, por poner algunos ejemplos—. No tiene sentido el dilema planteado por algunos: «O Husserl o Marx». ¿Por qué no «Husserl y Marx»?

En primer lugar, la *fenomenología* se vertió en múltiples versiones y direcciones. La representada por Heidegger incidió en seguida en la corriente marxista. El Husserl de la *Lebenswelt* o mundo vivido, que el filósofo llama también *Erfahrungswelt* o mundo de la experiencia —experiencia originaria o precategórica—, permite perfectamente un diálogo con el marxismo. La *Lebenswelt* husserliana significa —como ha señalado Robberechts— que una filosofía de las *sustancias* es sustituida por una filosofía de las *estructuras*. No está, por un lado, el cuerpo y, por el otro, el alma. El cuerpo no es sólo cuerpo: es la inserción del hombre en el mundo; ni siquiera los juicios de valor dejan de pasar por él. Y la consciencia no se evade del mundo, sino que se co[i]mplica con él para transformarlo y transformarse <sup>1</sup>.

En segundo lugar, sólo un *marxismo* crítico, filtrado —diría Derrida—, puede llamar a las puertas de la fenomenología <sup>2</sup>.

La obra de Gurméndez sólo puede ser leída correctamente desde esas dos coordenadas.

## II

Con *Teoría de los sentimientos*, su primer gran tratado de corte fenomenológico, Gurméndez inicia su discurso de la subjetividad, analizando todos los componentes de la realidad humana. El análisis comienza con la sensación, entonando un canto a los sentidos y a la riqueza existencial que nos aportan. El análisis continúa con la impresión, la percepción, la emoción y el sentimiento. Se articula, a través de densos capítulos, la relación que mantienen entre sí esos distintos estadios-estratos: relación dialéctica, en la que cada dimensión de la subjetividad aparece ligada a cada una de las demás. El análisis culmina en el pensamiento. El pensamiento aparece, en un contexto materialista, como función del sentimiento-pasión, ayudándole a resolver sus problemas, sin que su actividad nunca se ate al mundo exterior. También aquí se impone la visión dialéctica: «El hombre siente al pensar y piensa al sentir.» Con acierto acoge Gurméndez, en este contexto, la «razón sentiente» de Zubiri.

Con el *sentimiento* abandonamos el ámbito de la reacción y entramos en la pura subjetividad. La investigación posterior ya no saldrá de ese territorio. Pero todos los registros de la subjetividad humana se anudan en la pasión.

La pasión se inscribe en «la tendencia natural del hombre a perseverar en su ser» —afirma Gurméndez en la primera *Crítica de la pasión pura*—. También se puede expresar lo mismo de esta manera: la autorrealización humana consiste en «vivir apasionadamente»; el ser del hombre, en su devenir, se apoya en el ser de las pasiones.

De ahí que Gurméndez ponga el énfasis en el carácter intencional y transitivo de la pasión: co-[i]mplica al hombre con el mundo. En tal sentido, ofrece especial interés el pasaje en que el autor expone cómo el lenguaje —que determina y condiciona

al pensamiento— vendría derivado del propio sentimiento y de su naturaleza comunicativa. El sentimiento-pasión es ya lenguaje. Como señalara G. H. Mead, la comunicación antecede al mismo lenguaje. Y, apoyándose en Vygotski, Gurméndez nos advierte —enfrentándose a Sartre— que la construcción humana no va del individuo a la socialización, sino desde lo social a lo individual. La *intro-afectividad* de Husserl, la *sim-patía* de Dilthey y el *Ser-con* de Heidegger confirman esa tesis.

La segunda parte de su *Ontología de la pasión* se titula muy oportunamente *La materia sensible*. No habría quedado mal haberla titulado *La materia apasionada*. ¿Qué es el hombre sino materia ardiente, que siente *entendiendo*, que entiende *sintiéndolo*? El fuego que lo consume en la búsqueda y posesión del mundo —«materia en movimiento»—es, a la vez, luz de conocimiento. El «hombre total» —expresión recurrente en Gurméndez— significa «unir la Razón y la Pasión». La razón es aliada de la pasión: en esa línea y de manera semejante, Gurméndez habla de pasión-reflexión, de afección-consciencia. Ofrece especial interés una especie de *ontología del trabajo*, visto —cuando no es víctima de la alienación— como pasión objetivada, como pasión creadora. Vista así, la pasión transforma al mundo, al hombre y a la sociedad. La pasión no deja al mundo como lo encuentra. Desde tal perspectiva, el mundo deja de ser mera objetividad y el yo deja de ser mera subjetividad: ambos, yo y mundo, se construyen recíprocamente, gracias a la pasión.

Como ya advirtió Spinoza, el problema fundamental consiste en lograr que la pasión, que es pasiva —como indica su mismo nombre—, devenga activa. En la teoría de Gurméndez, la pasión es activa por ser dialéctica: su actividad no se recluye en el hombre; su acción llega hasta la historia: «El hombre, por su pasión-acción, constituye el origen y sentido de la historia.» Gurméndez habla de la *pasión histórica*,

que trabaja por la emancipación y la realización de todos los hombres. La totalización individual forma parte de la totalización histórica.

En *Ontología de la pasión* aparece con frecuencia la expresión «pasión unificadora»: es que uno de los rasgos más esenciales de la pasión consiste en su capacidad unificadora: une al hombre con el mundo —«unificadora de los mundos subjetivos y objetivo»—; une, como explica con tonos marxianos en el bello capítulo final, necesidad y libertad; más aún: la pasión «abraza a los corazones de todos los hombres». Este aspecto de la pasión ya fue examinado en *El Yo y el Nosotros*.

### III

Coinciden muchos lectores de Gurméndez en que el estudio sobre *La melancolía* es el mejor de sus escritos. Existen motivos para darles la razón. El método fenomenológico se diversifica en varias y ricas exploraciones y la conclusión teórica fluye con facilidad. Tales ingredientes imprimen al libro un atractivo especial. También podríamos preguntarnos: ¿fue, esta obra, su *canto del cisne*?

Está, en primer lugar, el tratamiento *histórico* de la melancolía: el recorrido histórico hace aflorar en cada época distintos componentes de la melancolía. Así, los *griegos* le sirven para poner de relieve la importancia del cuerpo en la génesis de la melancolía; se origina en el cuerpo pero trasciende al espíritu; Aristóteles la registra en el ámbito del conocimiento: «Esta melancolía es pesadumbre por las heridas que se sufren en el cumplimiento de la tarea cognoscitiva.» La melancolía de los *medievales* pone de manifiesto su poder creador —«valor positivo de creación intelectual»—, que se reflejaría especialmente en la poesía: la *Vita nuova* de Dante y la poesía trovadoresca son vistas desde esa perspectiva: «La lucha entre el deseo inhi-

bido, que corresponde a la ideología del amor cortés propia de una melancolía aristocrática distante, y el deseo libre del campesino que por su satisfacción inmediata se consume en el vacío del objeto, la resuelve esta lírica platónico-dantesca por la presencia racional de la Persona Amada, objeto supremo de esta melancolía, síntesis que preludia el advenimiento de la burguesía racionalista y renacentista.» En la melancolía *renacentista*, el miedo a lo irracional y confuso promueve el espíritu matemático y la racionalidad en el conocimiento y «la ordenación de la materia visual». El *burgués-capitalista* no escapa a la melancolía —ya observó Marx que tampoco el capitalista a la alienación, aunque la suya sea diferente de la del obrero—: «Es precisamente la ilimitada posibilidad de mayor enriquecimiento y potenciación de su ser que origina en el capitalista una ansiosa melancolía por el conflicto que se le plantea entre atesorar ganancias o dejarlas circular.» El *romanticismo* nos permite conocer la melancolía que deriva en «protesta vital». La *postmodernidad* se distingue por la renuncia a los grandes ideales, grandes relatos y grandes revoluciones: esa renuncia, con la frustración correspondiente, lleva a la melancolía como «protesta crítica», que se intenta acallar con un relativismo escéptico, un immoralismo esteticista y un sexualismo consumista, que también desembocan en una melancolía que los descubre como evasiones.

Pero existe una melancolía generada por las promesas del *porvenir* que no acaban de cumplirse: se trataría de la «melancolía revolucionaria» que protesta por tal incumplimiento; dicha melancolía está ligada a la esperanza histórica. Gurméndez acaba por relacionarla con la utopía: primeramente, porque no se detiene en las ruinas del pasado, sino que ve en el presente «una tendencia esbozada», «una promesa de ser» o «una nueva realidad en ciernes», por tanto una «esperanza histórica»; en segundo lugar, porque, siendo la

crítica del presente establecido la dimensión más interesante de la utopía, la melancolía puede significar una función utópica importante.

Contribución parecida se obtiene del recorrido por las diferentes etapas de la *vida humana*. Gurméndez se da también una vuelta por la *literatura*, obteniendo buenos resultados, entre los que descuellan el análisis y la interpretación de la obra de Proust, estudiada desde la melancolía como clave hermenéutica. Si se atiende al porvenir, la melancolía es vista como «neurosis de futuro»: Bloch la llama bellamente «melancolía del cumplimento»; si miramos al pasado, la melancolía es vista como desazón ante la dificultad de rescatarlo: de tal melancolía habría surgido *A la recherche du temps perdu*.

La melancolía, tal como lo entendía Gurméndez, es —para decirlo con términos spinozianos— una *pasión activa*; él la llama *pasión-acción*: toma pie de la insatisfacción para intervenir y transformar.

Las palabras con que Gurméndez cierra el tratado sobre la melancolía prueban su alta concepción de esta pasión, atribuyéndole carácter dialécticamente positivo. «Aprendamos a ser hondamente melancólicos. La melancolía es un estado de ánimo enriquecedor de la subjetividad.»

#### IV

La *amistad* es una de las pasiones que mejor definen al hombre. Y en un hombre tan cabal como Carlos Gurméndez, la amistad era probablemente la pasión hegemónica. La comunicación que implicaba esa amistad benefició a cuantos le tratamos. Su ausencia definitiva nos produce una profunda insatisfacción y nos sume en otra pasión —que él estudió como nadie—: en la *melancolía*.

Romano García

#### NOTAS

<sup>1</sup> Pueden considerarse válidas estas palabras de Husserl: «Creo que yo, el supuesto reaccionario, soy ampliamente más radical y más revolucionario que aquellos que, en el momento actual, se dan, con palabras, aires radicales» [*La crise de l'humanité européenne et la philosophie* (conferencia de Viena, de 7 de mayo de 1935), ed. bilingüe, trad. de Paul Ricoeur, Montaigne, 1977, p. 65].

<sup>2</sup> La posible convergencia de Husserl y Marx ha sido estudiada, entre otros, por Enzo Paci y Guido David Neri. El primero asevera: «Varias veces hemos observado que su pensamiento (de Husserl) llega a los límites de la región por la que se interesa el marxismo. Si ponemos al marxismo en relación con la problemática fenomenológica, debemos esperar que se nos

revele un marxismo crítico y una posible nueva lectura de los textos marxistas» (Paci, *Función de las ciencias y significado del hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, p. 233); la tercera parte del libro está dedicada a «Fenomenología y marxismo». El segundo declara que se puede hablar de «una reacción común contra la actitud objetivista y "cientificista" tanto en el terreno filosófico como en el de la economía» (Neri, *Praxis y conocimiento. Marxismo y fenomenología*, Ed. Tiempo Nuevo, Caracas, 1970, p. 200). Para ambos, la *Krisis* posee una significación muy importante: representa la «crítica del fetichismo cientificista» (Neri, *op. cit.*, p. 212, n. 9).

## UNA SEMBLANZA DE FERNANDO SALMERON

El pasado 31 de mayo murió Fernando Salmerón. Salmerón había nacido el 30 de octubre de 1925 y crecido en Córdoba, Veracruz. Esta ciudad, puente, desde hace siglos, entre el Puerto de Veracruz, por donde México comunicaba con casi todo el resto del mundo, y la capital, refleja, por su geografía, el esfuerzo de comunicación entre continentes que realizara uno de sus más valiosos retoños. En efecto, como lo señalara hace poco Javier Muguerza en un artículo en *El País*, aunque Salmerón no fuera el único filósofo latinoamericano que creara puentes con los transterrados españoles —habiendo sido un notable discípulo de Gaos—, sí fue el que mantuvo más sostenidamente esta labor, no sólo en la realización de encuentros, en el impulso de publicaciones iberoamericanas conjuntas, en la recepción de refugiados de diversos países, sino hasta el punto de editar las casi dos decenas de volúmenes de la obra de su maestro —quien escribiera tanto como Hegel, Salmerón *dixit*—, edición que será terminada por otros colaboradores.

Salmerón empezó su carrera estudiando Derecho en la Universidad Veracruzana, en Xalapa, otra ciudad puente entre Europa y México. El estudio del derecho dejó seguramente una fuerte impronta en un filósofo que estuvo convencido durante su vida que toda inversión de tiempo y esfuerzo que se haga en legislar es una magnífica inversión. En efecto, simultáneamente con sus investigaciones filosóficas, Salmerón estuvo toda su existencia interesado en problemas educativos, en especial en el impulso de la educación superior. El esfuerzo por impulsar a ésta en México conllevaba el desarrollo de una legislación *ad hoc* nueva. Semejante esfuerzo lo manifiestan las legislaciones resultantes de casi

todos los cargos académico/administrativos que ocupara durante su vida. Muy joven, organizó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Veracruzana (1955), de la que fuera Director. Fue también Rector de esa Universidad de 1959 a 1963. En 1965 fue Director General de Enseñanza Superior e Investigación Científica en la Secretaría de Educación Pública. Posteriormente ocupó el cargo de Director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, doce años, de 1966 a 1978. Durante ese período, junto con Alejandro Rossi y Luis Villoro, impulsó el desarrollo de la filosofía analítica en México, una de cuyas manifestaciones fue la creación de la revista *Crítica*. Promovió, de igual forma, un ambicioso plan de formación de filósofos mexicanos en el extranjero.

En 1978 fue nombrado Rector de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Fue Rector General de esta Universidad entre 1979 y 1981. Durante su gestión impulsó la reglamentación de la UAM y, muy particularmente, la defensa de las atribuciones de los órganos colegiados académicos en la decisión exclusiva de asuntos relacionados con las labores de investigación, docencia y difusión cultural. Esta Reglamentación, que los profesores de la UAM nos congratulamos ahora de tener, significó importantes luchas legislativas en su tiempo. En la política universitaria, como en la filosofía, Salmerón se guiaba por el poder de los argumentos y no por el poder de las amenazas, por ello sostuvo su posición aun cuando muchos de los que tanto exigieran se legislara en ese sentido, manifestaran después temor y deseos de dar marcha atrás.

A partir de 1981, Salmerón regresó al Instituto de Investigaciones Filosóficas,

como investigador, y a la Facultad de Filosofía y Letras, como profesor. Cumplió treinta años como profesor y fue merecidamente nombrado profesor emérito de la UNAM.

También fue miembro del Colegio Nacional, de la Junta de Gobierno de la UNAM, de la del Colegio de México y fundador del Sistema Nacional de Investigadores.

Este mismo interés en el desarrollo intelectual del país hizo que contribuyera extraordinariamente al desarrollo de la mejor Biblioteca de Filosofía de Latinoamérica, la del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. La de UAM-Iztapalapa, así como la Biblioteca de Meta-ciencia del Centro Lombardo Toledano, tienen también una gran deuda moral con el veracruzano. *Last bus not least*, Salmerón constituyó en su casa una bella e impresionante biblioteca personal, biblioteca que todos los que la hemos conocido seguimos admirando. Los libros, para Salmerón, no eran objeto de reverencia, sino expresiones vivas del intelecto que confrontaba de la misma manera que confrontaba el argumento verbal del otro: los libros, Salmerón los trabajaba intensamente, subrayándolos, poniéndoles anotaciones en sus márgenes, insertando notas con comentarios entre sus páginas, etc. Por ello, no podía investigar con libros prestados, tenía que comprar los suyos. El estudio de las *marginalia* de sus libros es sin duda una rica mina para los estudiosos de su obra.

En su formación intelectual, del derecho se acercó a la filosofía. Esto lo llevó a hacer su doctorado en UNAM, así como a realizar una estancia posdoctoral en la Universidad Albert Ludwig de Friburgo. En México se convertiría en un destacado discípulo de Gaos. Su tesis doctoral sobre el joven Ortega y Gasset, luego reescrita en forma de libro, se ha vuelto un clásico sobre el tema.

Entre los filósofos iberoamericanos se destacó por sus trabajos sobre la ética, la

educación y la historia de la filosofía, para convertirse en uno de los más importantes especialistas de esta segunda mitad del siglo.

Su obra filosófica no fue, ni pretendió ser, tan numerosa como la de su maestro Gaos. Pero sí fue de gran calidad y, sobre todo, de un extremo cuidado. Sus conferencias eran redactadas con tanto esmero que podían ser publicadas casi sin ninguna corrección adicional. Sus fuentes, sus referencias, se encuentran siempre cuidadosamente manifestadas, como si sus preocupaciones legales se expresaran también en este tipo de legalidad que implica el respeto de la expresión precisa del otro.

Además de los libros, Salmerón escribió un importante número de artículos que procuró siempre reunir en forma de volumen, probablemente porque tenía en mente que a él se lo debiera leer como él leía a los otros: teniendo la obra en su conjunto y destacando, incluso con la manifestación física del subrayado, lo importante de su discurso en cada página. El lector apreciará, en ese sentido, la próxima aparición de las obras completas de nuestro autor.

Su filosofía fue estudiada durante un coloquio de homenaje a su vida y obra, coloquio cuya voluminosa memoria apareció en *Filosofía moral, educación e historia* (UNAM, 1996). Este volumen es, sin duda, presagio de las futuras investigaciones sobre su pensamiento.

De sus publicaciones no mencionamos aquí los muy numerosos artículos, pero sí algunas de sus obras filosóficas más destacadas: *Las mocedades de Ortega y Gasset*; *Cuestiones educativas y páginas sobre México*; *Estudios de historia de la filosofía en México*; *La filosofía y las actitudes morales*; *Ensayos filosóficos*; *Enseñanza y Filosofía*; *Los estudios cervantinos de José Gaos*; *Ética y análisis*; *Philosophie und Rechts-theorie in Mexiko*; *Concepciones de la ética*, el segundo volumen de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, así como *Epistemología*

y *Cultura, en torno a la obra de Luis Villoro*, etcétera.

Finalmente, su esfuerzo existencial más notable fue tratar de contradecir la afirmación de que los filósofos construimos palacios pero vivimos en chozas. Todos los que los conocimos sabemos que, tanto en

lo personal cuanto en lo intelectual, procuró, dentro de las limitaciones de la condición humana, actuar siempre de acuerdo con sus creencias morales.

*Jorge Martínez Contreras*

### FERNANDO SALMERÓN. RECUERDOS DE UNA AMISTAD

Cuando a uno le toca la triste tarea de escribir una nota necrológica sobre un amigo, pienso que no es el momento de hacer historia intelectual, sino más bien de recordar los aspectos humanos de una persona a quien se ha querido y se recuerda justamente por las facetas de su personalidad que dieron origen y estimularon el preciado don de la amistad. A los historiadores de la filosofía latinoamericana en el siglo xx les incumbe el deber de hacer justicia a la obra de Fernando Salmerón y dedicarle el capítulo que merece su fecunda vida intelectual.

Conocí a Fernando Salmerón hace treinta años, en el Instituto de Investigaciones Sociales de Dortmund. Yo estaba en ese tiempo en Alemania como profesor visitante en la Universidad de Münster y Salmerón había sido invitado por Hans-Albert Steger, en ese tiempo secretario del Instituto, para coordinar proyectos de cooperación universitaria. Al cabo de unas horas de intenso diálogo, se había creado entre nosotros una atmósfera de cordial simpatía recíproca, resultado quizás de nuestra común preocupación por intensificar las relaciones académicas en América Latina y nuestro también compartido interés por la filosofía analítica. Ya en ese entonces me impresionó la modestia y la honestidad intelectual de este mexicano de

rostro algo severo, cuya gravedad se esfumaba con la sonrisa amable y la cordialidad de su voz.

En mayo de 1967 me invitó a visitar el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México en mi viaje de regreso a Buenos Aires. Éste fue mi primer contacto con un centro de estudios con el que he estado estrechamente vinculado desde entonces.

Ya no recuerdo el número de veces que, invitado por Fernando Salmerón, trabajé en el Instituto, dictando conferencias o dirigiendo seminarios. Pero sí conservo en la memoria nuestras reuniones en su despacho de director o de investigador, comentando y discutiendo algún texto de ética. Y cuando en la Argentina se estableció una forma de gobernar que dejaba de lado las garantías individuales en aras de la defensa de un confuso haz de concepciones irracionalmente antiliberales, que conduciría finalmente a facilitar la instauración de una sangrienta dictadura que pretendió defender identidades colectivas occidentales y cristianas, Fernando Salmerón, director en aquel entonces del Instituto, me remitió una carta fechada en México el 22 de octubre de 1974. Entre otras cosas me decía:

«Me interesa adelantarte desde ahora que en el momento en que juzgues conveniente

y *Cultura*, en torno a la obra de Luis Villoro, etcétera.

Finalmente, su esfuerzo existencial más notable fue tratar de contradecir la afirmación de que los filósofos construimos palacios pero vivimos en chozas. Todos los que los conocimos sabemos que, tanto en

lo personal cuanto en lo intelectual, procuró, dentro de las limitaciones de la condición humana, actuar siempre de acuerdo con sus creencias morales.

*Jorge Martínez Contreras*

### FERNANDO SALMERÓN. RECUERDOS DE UNA AMISTAD

Cuando a uno le toca la triste tarea de escribir una nota necrológica sobre un amigo, pienso que no es el momento de hacer historia intelectual, sino más bien de recordar los aspectos humanos de una persona a quien se ha querido y se recuerda justamente por las facetas de su personalidad que dieron origen y estimularon el preciado don de la amistad. A los historiadores de la filosofía latinoamericana en el siglo xx les incumbe el deber de hacer justicia a la obra de Fernando Salmerón y dedicarle el capítulo que merece su fecunda vida intelectual.

Conocí a Fernando Salmerón hace treinta años, en el Instituto de Investigaciones Sociales de Dortmund. Yo estaba en ese tiempo en Alemania como profesor visitante en la Universidad de Münster y Salmerón había sido invitado por Hans-Albert Steger, en ese tiempo secretario del Instituto, para coordinar proyectos de cooperación universitaria. Al cabo de unas horas de intenso diálogo, se había creado entre nosotros una atmósfera de cordial simpatía recíproca, resultado quizás de nuestra común preocupación por intensificar las relaciones académicas en América Latina y nuestro también compartido interés por la filosofía analítica. Ya en ese entonces me impresionó la modestia y la honestidad intelectual de este mexicano de

rostro algo severo, cuya gravedad se esfumaba con la sonrisa amable y la cordialidad de su voz.

En mayo de 1967 me invitó a visitar el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México en mi viaje de regreso a Buenos Aires. Éste fue mi primer contacto con un centro de estudios con el que he estado estrechamente vinculado desde entonces.

Ya no recuerdo el número de veces que, invitado por Fernando Salmerón, trabajé en el Instituto, dictando conferencias o dirigiendo seminarios. Pero sí conservo en la memoria nuestras reuniones en su despacho de director o de investigador, comentando y discutiendo algún texto de ética. Y cuando en la Argentina se estableció una forma de gobernar que dejaba de lado las garantías individuales en aras de la defensa de un confuso haz de concepciones irracionalmente antiliberales, que conduciría finalmente a facilitar la instauración de una sangrienta dictadura que pretendió defender identidades colectivas occidentales y cristianas, Fernando Salmerón, director en aquel entonces del Instituto, me remitió una carta fechada en México el 22 de octubre de 1974. Entre otras cosas me decía:

«Me interesa adelantarte desde ahora que en el momento en que juzgues conveniente

puedes viajar a México y encontraremos una manera de arreglárnosla para que te quedes con nosotros.»

Hay que haber pasado las angustias iniciales del exilio para poder comprender exactamente lo que este tipo de ofrecimientos significa. La carta de aquel lejano octubre fue una muestra más de la solidaria amistad de Fernando, amistad renovada y enriquecida en inúmeros encuentros en México, España, Argentina y Alemania.

La primera persona a quien llamaba apenas llegado a la Ciudad de México era a Fernando. De inmediato combinábamos un recorrido por librerías que solía culminar en la del Fondo de Cultura Económica, en la Avenida Universidad. Fernando era un consejero de alta confiabilidad cuando se trataba de comprar obras sobre la historia de México, la evolución de su pensamiento filosófico o las propuestas de reforma universitaria. Pasábamos allí unas buenas dos horas, Fernando me conseguía una buena rebaja, nos tomábamos un café en el bar de la librería y luego regresábamos, cargados de libros, caminando lentamente (como para que el encuentro fuera más largo) hasta separarnos al llegar a Insurgentes Sur, tras haber hecho una escala en la Gandhi. Salmerón partía entonces a su (para mí siempre alejada) Tlalpan.

Allí tenía su casa-biblioteca. Pocas veces he visto una biblioteca particular más completa en temas de filosofía, historia, arte y literatura que la de Fernando. En cada nueva visita tenía siempre algún nuevo libro cuyo contenido se complacía en explicarme. En el primer piso estaba su despacho y allí elaboraba minuciosamente sus textos o preparaba la edición de las obras de su maestro Gaos. Solíamos quedarnos un buen rato hablando de proyectos literarios, de la situación (siempre deficitaria) de la universidad en América Latina y de la necesidad de estimular a los jóvenes para

que pudieran alcanzar un mejor nivel de formación que el de nuestra generación. Fernando era más optimista que yo, quizás porque su experiencia como director del Instituto le había permitido comprobar que era posible formar centros de excelencia en nuestro continente. Yo procedía, en cambio, de un país donde la dictadura había desquiciado la universidad y condenado al exilio o a la emigración a miles de jóvenes académicos. Y, al escucharlo, no podía dejar de pensar en el estupendo ministro de Educación que podría haber sido Fernando; pero nuestras tierras son mezquinas y difíciles, regatean el reconocimiento cuando deberían hacerlo y sólo aceptan los méritos cuando ya es tarde. Así nos va.

La planta baja era el dominio de Licha, compañera ejemplar de Fernando, con quien había formado una familia de universitarios plenamente dedicados a sus respectivas especialidades, sorteando las dificultades de una vida económicamente precaria durante largos tramos. Fernando fue siempre un hombre de extraordinaria honestidad en un país de la «mordida» institucionalizada y le dolía existencialmente la fama de la corrupción mexicana. Recuerdo el «encontronazo» que tuvo con Manolo Atienza en el Pazo de Mariñán cuando éste se atrevió a criticar públicamente la corrupción del país azteca. En este sentido, Fernando era un patriota algo chapado a la antigua que no toleraba en el extranjero críticas a su país. Tenía un legítimo orgullo de su tradición, con firmes raíces en la tierra que le tocó vivir.

Tolerante por convicción, nunca le escuché juicios radicalmente negativos sobre sus colegas ni tampoco guardaba resentimientos por algunas de las «trastadas» de las que había sido objeto durante su rectorado en la Universidad Metropolitana. Como suelo ser más rencoroso, esta actitud de olvido generoso despertaba en mí una cierta envidiosa admiración.

Esta actitud de comprensiva tolerancia le granjeó la amistad de innúmeros filósofos hispanoparlantes, que se puso de manifiesto en el homenaje que le rindieran al cumplir sus setenta años. Y fue justamente en esa ocasión cuando me dijo que estaba gravemente enfermo. Me conmovió la entereza con la que asumió su próximo fin: sin lamentos, con la sabia y difícil serenidad que uno desearía tener cuando llega el momento en que se percibe que ya el tiempo futuro es irremediamente breve.

La última vez que lo vi fue en Buenos Aires, en diciembre de 1996. Fiel como siempre, estaba sentado en primera fila, acompañado de Licha, escuchando una conferencia mía sobre la filosofía jurídica argentina. Tomamos después una cerveza en un bar próximo a la Facultad de Filosofía y volvimos a charlar sobre los temas habituales: el artículo que estábamos escribiendo, la posibilidad de lograr alguna fundamentación racional de las normas morales y la necesidad de salvar del olvido la obra de filósofos del mundo ibérico.

El día antes de su muerte, conversando con Rodolfo Vázquez, le pidió que el libro de sus ensayos sobre filosofía del derecho que pensaba publicar en la Editorial Fontamara estuviera dedicado a mí. Fue el último regalo intelectual que recibí de Fernando.

Llega un momento en la vida en el que conviene dar gracias al destino cuando nos ha deparado el don de contar con amigos cabales. Siempre he dicho que mis amigos son las mejores personas del mundo y que ello es una muestra de la objetividad de los valores. Fernando Salmerón fue un buen ejemplo de que estoy en lo cierto; no hay aquí relativismo que valga.

Y como considero que mi patrimonio cultural no es el de la parroquia cordobesa que me vio nacer, sino también el de México, creo que con todo derecho puedo apropiarme de unos versos de Tecayehuatzin y aplicados a Fernando Salmerón proclamar con todo afecto:

«¡Sabemos que son verdaderos  
los corazones de nuestros amigos!»

Gracias a esta veracidad del corazón, a esta amistad de tantas décadas, lo que queda después del trecho recorrido con Fernando Salmerón es un auténtico sentimiento de gratitud por las valiosas vivencias compartidas, por la enseñanza, a través del ejemplo personal, de cómo vivir con dignidad y asumir plenamente la responsabilidad que nuestra vocación intelectual y universitaria nos impone.

*Ernesto Garzón Valdés*

## NUESTRA DEUDA CON FERNANDO SALMERÓN \*

Según se reconoce comúnmente, pocos acontecimientos han contribuido tanto a afianzar las relaciones entre México y España como el exilio de nuestros intelectuales tras la guerra civil del treinta y seis. De parte mexicana, la suerte de esos

exiliados ayudaba a cobrar conciencia de que el trato de madrastra dispensado por España a sus hijos peninsulares no era necesariamente más benigno que el que un día dispensara a los de sus antiguas colonias. Y, en cuanto a los propios espa-

\* Texto publicado en *El País* del 19 de julio de 1997.

Esta actitud de comprensiva tolerancia le granjeó la amistad de inúmeros filósofos hispanoparlantes, que se puso de manifiesto en el homenaje que le rindieran al cumplir sus setenta años. Y fue justamente en esa ocasión cuando me dijo que estaba gravemente enfermo. Me conmovió la entereza con la que asumió su próximo fin: sin lamentos, con la sabia y difícil serenidad que uno desearía tener cuando llega el momento en que se percibe que ya el tiempo futuro es irremediamente breve.

La última vez que lo vi fue en Buenos Aires, en diciembre de 1996. Fiel como siempre, estaba sentado en primera fila, acompañado de Licha, escuchando una conferencia mía sobre la filosofía jurídica argentina. Tomamos después una cerveza en un bar próximo a la Facultad de Filosofía y volvimos a charlar sobre los temas habituales: el artículo que estábamos escribiendo, la posibilidad de lograr alguna fundamentación racional de las normas morales y la necesidad de salvar del olvido la obra de filósofos del mundo ibérico.

El día antes de su muerte, conversando con Rodolfo Vázquez, le pidió que el libro de sus ensayos sobre filosofía del derecho que pensaba publicar en la Editorial Fontamara estuviera dedicado a mí. Fue el último regalo intelectual que recibí de Fernando.

Llega un momento en la vida en el que conviene dar gracias al destino cuando nos ha deparado el don de contar con amigos cabales. Siempre he dicho que mis amigos son las mejores personas del mundo y que ello es una muestra de la objetividad de los valores. Fernando Salmerón fue un buen ejemplo de que estoy en lo cierto; no hay aquí relativismo que valga.

Y como considero que mi patrimonio cultural no es el de la parroquia cordobesa que me vio nacer, sino también el de México, creo que con todo derecho puedo apropiarme de unos versos de Tecayehuatzin y aplicados a Fernando Salmerón proclamar con todo afecto:

«¡Sabemos que son verdaderos  
los corazones de nuestros amigos!»

Gracias a esta veracidad del corazón, a esta amistad de tantas décadas, lo que queda después del trecho recorrido con Fernando Salmerón es un auténtico sentimiento de gratitud por las valiosas vivencias compartidas, por la enseñanza, a través del ejemplo personal, de cómo vivir con dignidad y asumir plenamente la responsabilidad que nuestra vocación intelectual y universitaria nos impone.

*Ernesto Garzón Valdés*

## NUESTRA DEUDA CON FERNANDO SALMERÓN \*

Según se reconoce comúnmente, pocos acontecimientos han contribuido tanto a afianzar las relaciones entre México y España como el exilio de nuestros intelectuales tras la guerra civil del treinta y seis. De parte mexicana, la suerte de esos

exiliados ayudaba a cobrar conciencia de que el trato de madrastra dispensado por España a sus hijos peninsulares no era necesariamente más benigno que el que un día dispensara a los de sus antiguas colonias. Y, en cuanto a los propios espa-

\* Texto publicado en *El País* del 19 de julio de 1997.

ñoles que integraban dicho exilio, acabarían haciendo suya una nueva visión de la patria lejana, visión que uno de ellos acertó a expresar soberbiamente al escribir que España era la última colonia que del común pasado imperial quedaba por independizarse de sí misma.

Así veía a España desde México, su «patria de destino» en la que nunca se sintió desterrado sino a lo sumo «transterrado» de su «patria de origen», el exiliado José Gaos, figura destacada dentro del brillante conjunto de filósofos españoles acogidos a la hospitalidad mexicana, del que formaron o forman parte aún los catalanes Eduardo Nicol o Joaquín y Ramón Xirau, el vasco Eugenio Imaz y el andaluz Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros, con la inclusión ocasional de Juan David García Bacca o de María Zambrano.

Durante largos años tales nombres, como los del resto de los representantes de nuestro exilio filosófico, fueron prácticamente desconocidos en las Facultades de Filosofía de este país, y no digamos fuera de ellas. Por fortuna hoy la situación, sin haberse normalizado por completo todavía, ha cambiado bastante a través de un proceso en el que oficiaron de hitos la temprana voz de Aranguren reclamando, ya en los años cincuenta, la superación de las divisiones originadas por la guerra en nuestra vida cultural; la aparición en los sesenta del libro pionero de José Luis Abellán sobre la aventura de los filósofos españoles en América; y la creciente proliferación, en las últimas décadas, de monografías destinadas al estudio de su pensamiento. Pero semejante recuperación del exilio filosófico del treinta y seis no habría sido posible de no mediar la benemérita labor desarrollada a lo largo de más de medio siglo por una serie de discípulos de aquellos pensadores al otro lado del Atlántico, una labor tan digna de agradecimiento cuanto generalmente ignoraba entre nosotros.

El caso del filósofo mexicano Fernando Salmerón, recientemente fallecido a los setenta y dos años de edad, es ejemplar a este respecto. No fue por cierto el suyo un caso único en la saga de los discípulos transatlánticos del antes mencionado José Gaos, que comprende desde los de una primera hornada generacional, como Leopoldo Zea o Vera Yamuni, a las posteriores generaciones de discípulos de discípulos, pasando por una excepcional generación intermedia en la que, junto a Salmerón, concurren asimismo Luis Villoro o Alejandro Rossi. Como éstos, Salmerón era consciente de la advertencia nietzscheana según la cual «mal honra a su maestro quien no pasa de ser su discípulo». La filosofía mexicana, que no había comenzado precisamente con nuestros exiliados, tenía también que ir más allá del legado de estos últimos, prolongándolo en otras direcciones del pensamiento contemporáneo que las frecuentadas por la Facultad madrileña de Filosofía de la anteguerra, en la que, con Ortega a la cabeza, enseñó Gaos en compañía de García Morente o de Zubiri. Pero la convicción de la necesidad de abrirse a nuevos horizontes resultaba en Salmerón perfectamente compatible con la de la necesidad de preservar aquel legado, de suerte que los encuentros con los discípulos españoles del Gaos de los años treinta, como los varios mantenidos con el padre Manuel Mindán que me fue dado presenciar en Madrid, revestían siempre un grato aire de encuentros de familia.

Además, pues, de la atención prestada a su obra más personal —que plasmaría en libros tales como *La filosofía y las actitudes morales*, *Ensayos filosóficos* o *Enseñanza y filosofía*— y de su dedicación a las tareas docentes e investigadoras que le convertirían en uno de los grandes maestros de la Universidad mexicana, donde le cupo desempeñar las más altas responsabilidades institucionales, Fernando Salmerón halló tiempo para atender y dedi-

carse a esos otros compromisos familiares, desde su primera publicación, hoy ya un clásico, *Las mocedades de Ortega y Gasset*, de 1959, a la ingente edición en curso de las *Obras completas* de Gaos, la mitad de cuyos casi veinte volúmenes han aparecido a su cargo hasta la fecha. Pero Salmerón supo intuir que la mejor herencia de nuestro exilio filosófico era la incitación a constituir una comunidad de filósofos que trascendiera, como aquél lo hizo, las fronteras nacionales hasta abarcar al mundo hispánico en su conjunto, acerca de lo cual escribiría: «La experiencia integradora que los mexicanos vivimos con los transterrados españoles en México, la que hemos vivido en estos años quienes hemos tenido la oportunidad de observar en los colegas de la península el afán de recuperar los frutos que dejaron en América aquellos transterrados, son simplemente hechos que descubren la existencia de una comunidad de intereses intelectuales que está por encima de los límites fronterizos que puedan separarnos. Por supuesto, de una comunidad que se apoya sobre varios siglos de historia y cuyas tradiciones culturales, una de las cuales es la lengua, son en gran medida comunes. De una comunidad que está dispuesta, en fin, a compartir proyectos de futuro.» La asistencia de una nutrida representación de todos los países latinoamericanos, incluida esa provincia europea de nuestra América que vendría ahora a ser España, al homenaje que se le tributó en 1995 con motivo de su setenta cumpleaños —compilado por León Olivé y Luis Villoro bajo el título de *Filosofía moral, educación e historia (Homenaje a Fernando Salmerón)*— servía de testimonio de la constitución de dicha comunidad, entre cuyos proyectos en marcha de futuro se cuentan los numerosos volúmenes editados o por editar de la *Enciclopedia iberoamericana de filosofía* y la celebración de un próximo Congreso, el primero organizado que se sepa con tan vasto alcance,

que convocaría a *La comunidad filosófica iberoamericana ante el nuevo milenio*.

Nadie como Salmerón contribuyó con tanto empeño a inspirar e impulsar tales proyectos, que encajaban a la perfección en su manera de concebir la teoría y la práctica de la filosofía. Los problemas de la filosofía, dada su universalidad, no tienen patria, pero sus planteamientos pueden legítimamente responder a tradiciones filosóficas cuya contextualización coopera a darles vida. Y, en este sentido, tan repudiable sería un nacionalismo que atentase contra la condición cosmopolita de la filosofía cuanto un colonialismo que impusiese la imitación servil de modos, y modas, de filosofar bajo el señuelo de un falso cosmopolitismo (como alguna vez se ha dicho, no sólo el nacionalismo filosófico puede pecar de paleta, sino también el cosmopolitismo degenerar en «cosmopaletismo» filosófico). Nuestras tradiciones filosóficas son relativamente jóvenes, si es que no están aún en trance de fraguar, dado que no iba ser cosa de remontarlas a Séneca. Y, para los propósitos de Salmerón, el ejemplo harto más cercano de los filósofos españoles del exilio podía ilustrar cómo una de esas tradiciones cobra inicio.

Pero, por lo demás, Fernando Salmerón no se limitó a teorizar acerca de la comunidad filosófica iberoamericana, sino que se aplicó a practicarla con su proverbial generosidad cuandoquiera que tuvo ocasión de hacerlo. En el homenaje más arriba indicado, el filósofo argentino Ernesto Garzón Valdés recordaba que Salmerón había aliviado la angustias de su primer exilio, hacía más de veinte años, mediante un telegrama que decía «Vente a México cuando lo desees y ya nos las arreglaremos para que te puedas quedar con nosotros». En la conversación siguiente a esa intervención, diversos otros colegas procedentes de distintos países del Cono Sur confesarían haber recibido telegramas similares de Fernando Salmerón en diferentes momentos de sus exilios respectivos, los

cuales surtieron el mismo efecto aquietador de sus tribulaciones cuando no les ayudaron, simplemente, a salvar el pellejo.

La casa de Alicia («Licha Grande» para los amigos) y Fernando Salmerón en el suburbio de Tlalpan, al sur de la Ciudad de México, tenía abiertas de par en par sus puertas para los filósofos viajeros, lo que la convertía en el obligado y acogedor lugar de los fines de fiesta tras todos los congresos, simposios y reuniones transcurridos en la vecina Universidad. Pero, en los días de su homenaje un par de años atrás, Fernando me había citado a solas para contarme, deambulando por las bellas callejas coloniales del centro urbano del municipio, que los médicos acababan de diagnosticarle una leucemia que no parecía haber modo de tratar con visos de éxito; y como yo le preguntara si los demás amigos allí congregados lo sabían, me respondió con su sobrio y socarrón sentido del humor: «Se lo habré de ir comunicando a cada uno, pero por el momento no me apetecía que vinieran a homenajearme trayendo flores de muerto.» Cuando le visité

por última vez en su casa de Tlalpan, hace escasamente un mes, Fernando Salmerón se debatía tratando de arañar con serena ansiedad algunos días, acaso horas, entre las transfusiones de sangre de que sobrevivía, para poner en orden, auxiliado por sus hijos (y, en especial, por «Licha Chica»), papeles, trabajos, libros propios cuyo remate invariablemente había pospuesto para ocuparse de ordenar, en aras de la amistad, papeles, trabajos y libros de otros.

Por su denodada labor en pro de la que más valoraba de esas amistades, la amistad entre México y España, Salmerón no obtuvo grandes cruces, doctorados honoríficos ni demás reconocimientos al uso. Nuestra deuda para con él no se salda tampoco con «flores de muerto», sino esforzándonos por hacer realidad aquellos comunes «proyectos de futuro» en los que tanta ilusión puso. De esta manera conservaremos vivo en nosotros el recuerdo del buen filósofo y mejor amigo que fue Fernando Salmerón.

*Javier Muguerza*